

El Renacimiento y la Reforma, tales como se presentan durante el reinado de Francisco I, son hechos que están en vías de consumarse, pero no son todavía hechos consumados; están muy próximos a fijar su pedagogía y su teología, pero aún no las han inmovilizado. De suerte que se han mantenido, por lo menos durante algún tiempo, amplias, flexibles y libres. Por otra parte, difieren profundamente entre sí.

El Renacimiento procede del Mediodía; resucita la antigüedad pagana y no tiene lazo de unión con otro pasado que con el greco-romano; á medida que se desarrolla, subordina cada vez más los problemas cristianos y morales á las preocupaciones intelectuales; es fácilmente incrédulo ó indiferente así en política como en religión, y por esto se pone con facilidad de acuerdo con la realeza, la aristocracia y la Iglesia; pero por la misma razón no se extiende más allá de las clases superiores y jamás llega hasta el pueblo.

La Reforma es un producto del espíritu del Norte, una reacción contra la exageración de la civilización antigua y contra el escepticismo, que de ella es consecuencia; una regresión al sentimiento religioso, un acto de fe más bien que un acto de libertad, que solamente contiene el espíritu de libertad por su oposición al catolicismo. Como la religión es, en el siglo XVI, un asunto de Estado, y como la Reforma mezcla también las cuestiones de Estado con las religiosas, hállase necesariamente en oposición con la monarquía y las clases directoras; pero en cambio puede ponerse en comunicación con el pueblo y satisfacer algunas aspiraciones íntimas del mismo.

De modo que el Renacimiento abría las inteligencias, las dotaba de una cultura vigorosa y las iniciaba en la libertad intelectual, y la Reforma templaba las almas, elevaba los corazones y les daba el fecundo alimento

de las grandes convicciones. Renacimiento y Reforma no eran en absoluto inconciliables, puesto que unidos los encontramos en hombres como Roberto Estienne, Palissy y Juan Goujón; y sin embargo, separados estuvieron las más de las veces.

El Renacimiento ha precedido á la Reforma y durante algún tiempo ha favorecido sus progresos: en presencia del catolicismo dogmático, impulsaba á dudar y destruía la especie de fatalismo de unidad sobre el cual había vivido la Edad media; y merced al desenvolvimiento de los métodos críticos y al conocimiento de las lenguas antiguas, el griego y el latín, proporcionaba los medios para comparar el catolicismo moderno con el cristianismo primitivo. Pero mientras los indiferentes se detenían al llegar á este punto ó se contentaban con negar, los creyentes, es decir, los reformados se sirvieron de aquellos instrumentos para restaurar la fe. De suerte que siempre nos encontramos con que el fundamento de la Reforma es completamente religioso. Ahora bien, la necesidad de acercarse á Dios viene de los sentimientos de la Edad media, tales como fueron expresados en más de una obra mística y, por ejemplo, en la *Imitación de Jesucristo*, ó procede también del mismo Evangelio. Así, pues, el Renacimiento y la Reforma vuelven ambos al pasado, pero al pasado pagano el primero y la segunda al pasado cristiano.

En cuanto á sus consecuencias históricas, el Renacimiento, que triunfó sin reserva (y sin medida), destruyó por mucho tiempo todas las ideas de la Edad media francesa, que proscribía; el protestantismo, que sucumbió en Francia, determinó aquí, en la misma Iglesia que lo había combatido y sobre todo en la nación que lo había rechazado, una evolución religiosa de la cual salió revivificado el cristianismo ortodoxo.



Medalla con el busto de Lutero

LIBRO SÉPTIMO

LUCHA ENTRE FRANCISCO I Y CARLOS V (1) (1519-1547)

CAPÍTULO PRIMERO

CARLOS V Y LA EUROPA

I. Proyecto de cruzada. - II. Elección de emperador. - III. Personalidad de Carlos V y papel que representó.

I.—Proyecto de cruzada.

Los tratados de Noyón y de Cambrai, firmados en 1516 y 1517 respectivamente, fueron considerados como una carta europea y parecieron destinados á asegurar la paz en la Cristiandad; por esta razón, en cuanto se firmaron, reprodujéronse los proyectos de cruzada.

Selim I, que reinó desde 1512 hasta 1520, había

vencido á los persas, conquistado los países del Eufraates, la Palestina, la Siria y el Egipto, al mismo tiempo que los corsarios Arudj y Kheir-ed-Din Barbarroja se habían establecido en Argel y colocádose bajo su soberanía. Estos acontecimientos eran los más graves de cuantos habían acaecido desde la toma de Constantinopla: la conquista del Egipto cerraba el camino del Extremo Oriente; la de Argel hacía á los otomanos dueños del Oeste del Africa y los progresos de éstos hacia el Danubio los aproximaban al centro de Europa. De suerte que la Media Luna se extendía y se replegaba poco á poco.

En Italia, Roma, Florencia y sobre todo Venecia lucharon entre la preocupación de sus intereses comer-

(1) BIBLIOGRAFIA. La bibliografía relativa á la política exterior de Francisco I es enorme porque todos los Estados de Europa anduvieron mezclados en su lucha contra Carlos V. Más abajo indicamos las principales fuentes y obras esenciales. Respecto de la cuestión bibliográfica pueden consultarse: V. L. Bourrilly, *Le Règne de François I, état des travaux et questions à traiter* («Rev. d'hist. mod. et contemp.» tomo IV, 1902-1903 y tirada aparte). Hauser, *Histoire de France au XVI siècle*, 1492-1610 («Revue de synthèse historique, 1902»). Briere y Caron, *Répertoire méthodique de l'histoire moderne et contemporaine de la France*, 4 vol., 1900-1903 (en cuanto á la producción de los años 1808-1901). Jacqueton, *La politique extérieure de Louise de Savoie* (véase más abajo); en esta obra se encuentra una bibliografía crítica, útil para la historia de una gran parte del reinado de Francisco I (páginas III-XXXIII).

FUENTES PARA EL CONJUNTO DEL LIBRO VII. Du Mont, *Corps universel diplomatique*, tomo IV, 1726. T. Rymer, *Fœdera, conventiones, littera inter reges Angliæ et quovis alios imperatores, reges...*, tomos XIII, XIV, XV, 1728. *Catalogue des actes de François I* (numerosos documentos relativos á política exterior); véase la nota I, pág. 159. *Relations des ambassadeurs venitiens sur les affaires de France*, recopiladas y traducidas por M. Tommaseo, tomo I (1528-1561), 1838, y aun mejor: Alberi, *Le Relazioni degli ambasciatori veneti al Senato durante il secolo decimo sesto*, tomos I, II, 1839. Lanz, *Correspondenz des Kaisers Karl V*, 3 vol., 1844-1846. *Papiers d'Etat du cardinal de Granvelle*, publicados bajo la dirección de M. C. Weiss, tomos I, II y III, 1841-1842 («Collect. des doc. inéd.»). Canestrini y A. Desjardins, *Negotiations de la France avec la Toscane*, tomos II y III, 1861-1865 («Collect. des doc. inéd.»). *Negotiations de la France avec le Levant*, publicadas por E. Charrière, tomo I, 1848 («Collect. des doc. inéd.»). *Relations politiques de la France et de l'Espagne avec l'Ecosse au XVI siècle*, publicadas por A. Tenlet, tomo I, 1862. J. S. Brewer, J. Gairdner and R. H. Brodie, *Letters and Papers foreign and domestic of the reign of Henri VIII*, tomos I-XVIII, 1862-1901. Marino Sanuto, *I Diarii*, tomo XXVII-LVIII (1519-1532), publicados desde 1890 á 1902. *Oeuvres complètes de Pierre de Bourdeille, seigneur de Brantôme*, editadas por L. Lalanne para la «Soc. de l'Hist. de France.» 11 vol., 1864-1882 (para lo referente á los personajes de la época). *Mémoires de Guillaume et Martin du Bellay* («Collect. Michaud et Poujoulat, tomo V).

OBRAS. (Véase lo que hemos dicho en la pág. 159). Himly, *Histoire de la formation territoriale des Etats de l'Europe centrale*, 2 vol., 2.^a ed., 1894. Gaillard, *Histoire de François I*, 2.^a ed., 1769, 8 vol. Michelet, tomo VII de la *Histoire de France*. Paulino Paris, *Etudes sur François I roi de France, sur sa vie et sur son règne*, 2 vol., 1885. Decrue, *Anne de Montmorency, grand maître et connétable de France*, 1885. Baumgarten, *Geschichte Karls V*, 3 vol., 1885-1892. F. B. von Bucholtz, *Geschichte der Regierung Ferdinand des Ersten*, 9 vol., 1831-1838 (exposición y documentos). J. Janssen, *Geschichte des deutschen Volkes seit dem Ausgang des Mittelalters*, tomos II y III (17.^a y 18.^a ed., 1897-1899), traducción francesa de E. Paris, de la 14.^a edición, 1889-1892. G. de Leva, *Storia documentata di Carlo V in correlazione all'Italia*, tomos I-IV, 1863-1881. Rott, *Histoire de la représentation de la France auprès des cantons suisses*, tomo I, 1900 (exposición é inventario de documentos).

FUENTES PARA LOS CAPITULOS I, II y III. *Negotiations diplomatiques entre la France et l'Autriche durant les trente premières années du XVI siècle*, publicadas por Le Glay (Collect. des doc. inéd.) tomo II, 1845. A. Champollion-Figeac, *Captivité du roi François I*, 1847 (Collect. des doc. inéd.). *Journal d'un bourgeois de Paris sous le règne de François I (1515-1536)*, editado por L. Lalanne para la «Soc. de l'Hist. de France,» 1854. *Cronique du roy François, premier de ce nom*, editada por G. Guiffrey, 1860. *Journal de Jean Barrillon, secrétaire du chancelier Duprat, 1515-1521* (publicado por P. de Vaisiere para la «Soc. de l'Hist. de France»), tomo II, 1899. *Histoire du gentil seigneur de Bayart par le Loyal Serviteur* (publicada por J. Roman para la «Soc. de l'Hist. de France,» 1878). P. Van den Berghe, *Correspondance de Marguerite d'Autriche sur les affaires des Pays-Bas, de 1506 á 1528*, 2 vol., 1845-1847. Guicciardini, *Storia d'Italia (1490-1534)*. Véase pág. 67, nota 1.

OBRAS. Mignet, *Rivalité de François I et de Charles-Quint*, 2 vol., 1875. Jacqueton, *La politique extérieure de Louise de Savoie 1525-1526*, 1892 («Bibl. de l'Ec. des Hautes Etudes,» tomo LXXXVIII). J. S. Brewer y J. Gairdner, *The reign of the Henry VIII from his accession to the death of Wolsey*, 2 vol., 1884. Perrens, *Histoire de Florence depuis la domination des Médicis jusqu'à la chute de la République*, tomo III, 1890. De Hammer, *Histoire de l'empire ottoman depuis son origine jusqu'à nos jours* (traduc. francesa de J. J. Hellert), tomo V, 1520-1547, 1836. Sayous, *Histoire des Hongrois*, 2.^a ed., 1900 (Resumen).

ciales y el sentimiento del peligro que corrían; y en Alemania no cesó de hablarse de la guerra contra los otomanos, pero ó el emperador se apartaba de ella, movido por su política personal, ó las dietas se limitaban á formular lamentaciones y promesas que no llegaban hasta hacerles abrir la bolsa. España, casi sola, entabló la lucha, pero más bien contra sus antiguos enemigos, los moros de Africa, que contra los nuevos adversarios de Europa, los turcos; y á pesar del fracaso de la expedición dirigida por Jiménez contra Argel en 1516, todavía mostróse activa en el Mediterráneo en 1519 y 1520. Francisco I, siguiendo el ejemplo de Luis XII (1), sostuvo relaciones con los caballeros de Rodas (2); en 1516, Pregent de Bidoulx, con veinticuatro navíos franco-genoveses, atacó Bizerta y penetró en el puerto de Túnez y en 1518 fué en socorro de Rodas atacada por los turcos.

León X habíase visto mezclado más ó menos directamente en estas empresas. Después de la entrevista de Bolonia, creyóse seguro de Francisco I que parecía animado de un celo de prosélito y que escribía: «Desde la hora en que, mediante la gracia de Dios, llegué á la corona de Francia y aun antes, mi verdadera y natural inclinación era, como es todavía, sin ficción ni disimulo, emplear mi fuerza y mi juventud en hacer la guerra por el honor y reverencia de Dios, nuestro Salvador, contra los enemigos de su fe.»

Por esto el papa proclamó, en 13 de marzo de 1518, la Cruzada general (3) y propuso una tregua de cinco años entre todos los Estados cristianos. Maximiliano, que había de ser el generalísimo de los ejércitos europeos, recibió en 1.º de agosto una armadura bendecida: «Todos los cristianos, le dijo el Legado al entregársela en la dieta de Augsburgo, tienen fijos los ojos en ti; todos esperan que echarás mano de tu espada; todos saben que te alzarás contra los enemigos del Señor.» Y conjuró á los alemanes á que se unieran para defender á Alemania al mismo tiempo que á la Cristiandad. Después de algunas negociaciones con Inglaterra y con Carlos de Austria, quedó concertada la Liga en 1519, «*ne lupus ille rapax, Turcus, quærens quem devoret, possit christianum gregem impetere*» (4); pero todas esas consultas para hacer la guerra al turco, dice Barrillón, no dieron ningún resultado. ¿A quién se debió esto? *Nescio: Deus scit. Miser est Papa, Imperator, Rex vel Princeps apud quem... Verba reticentur* (5).

Y es que el celo de los príncipes era sólo aparente y que los pueblos no se tomaban el menor interés por la Cruzada. En efecto, la dieta de Augsburgo mostróse muy recalcitrante y los Estados españoles de Castilla se negaron á dar los subsidios que se les pidieron. Harto se sabía por experiencia que todos aquellos pro-

(1) Véase pág. 95.

(2) De la Ronciere, *François I et la défense de Rhodes*, «Biblioth. de l'Ecole des Chartes», tomo LXII, 1901.

(3) En el congreso de Cambrai habíase tratado de la unión contra los turcos, pero en realidad la conquista de Grecia á expensas de todos y la de la Tierra Santa sólo figuraban en las instrucciones diplomáticas para encubrir otros proyectos. Véase pág. 3.

(4) «Para impedir que el turco, ese lobo rapaz, queriendo devorar á alguien, se arroje sobre la grey cristiana.»

(5) «Lo ignoro: Dios lo sabe. Desgraciado es el papa, el emperador, el rey ó el príncipe cerca de quien... Se guarda silencio.»

pósitos proclamados venían á parar en cobros de impuestos cuyo producto jamás se aplicaba al fin anunciado.

Por otra parte, la muerte de Maximiliano, acaecida en enero de 1519, y la elección de emperador preocuparon á Europa bajo otros muchos conceptos.

Francisco y Carlos de Austria resucitaron la idea de la Cruzada solamente como un medio de hacer valer su candidatura; pero el pensamiento quedó en pie y se reproducirá durante todo el siglo XVI.

II.—Elección de emperador

No contaba aún Maximiliano sesenta años en 1518, y, sin embargo, su muerte estaba descontada por los que le rodeaban y aun por él mismo.

Ya hemos dicho (6) que á fines de 1516 «presentóse al rey (Francisco I) el conde Francisco Sickinghen, del país de Alemania y estimado como hombre de reputación para reclutar gentes de guerra, el cual prometió á dicho señor que ayudaría con todo su poder para que dicho señor fuese elegido emperador, cuando vacara el imperio, y se obligó á ello solemnemente. Mediante lo cual este señor le prometió darle una gran pensión cada año.»

Alemania hallábase entonces muy perturbada por los comienzos de la rebeldía de Lutero contra la Iglesia y por los odios excitados en la pequeña nobleza y en el pueblo rurales contra los príncipes laicos y eclesiásticos. Era aquel el tiempo de los caballeros bandidos y á la vez enderezadores de entuertos y la guerra privada hacía estragos en toda la región del Rin. Goetz de Berlichingen y Francisco de Sickingen, apoyados por el duque de Wurtemberg y por el elector Palatino, habían atacado al landgrave de Hesse y la ciudad imperial de Worms, sin que Maximiliano pudiera defenderles.

Mucho antes de la muerte de Maximiliano empeñóse entre Francisco y Carlos la lucha por el imperio (7). El rey de Francia mostró en un principio mayor decisión que su rival y se dirigió desde luego á los electores (8). En 17 de agosto de 1517, Joaquín de Brandeburgo le prometía ayudarle con todas sus fuerzas; el 27 de septiembre, el arzobispo de Maguncia se obligaba á darle su voto; el elector de Tréveris y el elector palatino parecían muy bien dispuestos; en cuanto al duque Antonio de Lorena, á Roberto de la Marca, á los duques de Güeldres, de Brunswick-Luneburgo y de Holstein, á Francisco de Sickingen y á una porción de pequeños señores renanos, todos estaban á sueldo de Francia. Carlos parecía vacilar, aun cuando en agosto de 1517 había anunciado su candidatura á Maximiliano, quien, en 18 de mayo de 1518, le escribía: «Y en cuanto á lo de que deseáis promoveros á rey de los Romanos, ya hemos preparado á los príncipes electores y esperamos que lograréis vuestro deseo y vuestra intención,» si bien añadía que los franceses realizaban «horribles sobornos» é insistía en la necesidad de no con-

(6) Véase pág. 134.

(7) No se trataba más que del título de rey de los Romanos, puesto que Maximiliano vivía.

(8) Los siete electores eran los arzobispos de Tréveris, Colonia y Maguncia, el duque de Sajonia, el rey de Bohemia, el margrave de Brandeburgo y el Palatino.

cretarse á promesas y á pagar en dinero contante y sonante como su competidor.

En la dieta de Augsburgo, en agosto de 1518, los electores de Maguncia, Colonia, Brandeburgo, Bohemia y el Palatino se declararon en favor de Carlos, á quien costó aquello 450.000 francos de oro, además de los gastos ya hechos que ascendían á 75.000 escudos de oro; pero una cuestión de derecho suspendió el efecto de las medidas tomadas por Maximiliano: como éste no había recibido del Sumo Pontífice la corona imperial, seguía siendo teóricamente rey de los Romanos y, por consiguiente, ni siquiera estaba abierta la elección á este título. Negociando estaba todavía con los electores sobre este punto, cuando murió casi de repente en 12 de enero de 1519.

En seguida se reanudaron y exacerbaron todas las intrigas. Francisco I recuperó la esperanza de atraerse nuevamente á los electores que le habían abandonado, manifestándose dispuesto á concederles «todo cuanto pidieran,» y envió á Lorena á Bonivet, al Sr. de Orval, gobernador de Champaña, y á Carlos Guillard, presidente del Parlamento de París, con plenos poderes para «aceptar toda clase de compromisos y hacer, decir y ejecutar todo cuanto fuese oportuno y necesario.» Para subvenir á estos gastos se crearon empleos, se hicieron empréstitos y se enajenó una parte del real patrimonio. A mediados de marzo, eran, al parecer, favorables á Francisco I Joaquín de Brandeburgo, «hartado» de oro y de promesas, el arzobispo de Maguncia y el elector palatino, quien se hizo pagar muy cara su vuelta á la causa francesa. Joaquín recibía una pensión vitalicia de 40.000 thalers y su hijo otra de 20.000, y había de casarse con Renata de Francia, dotada con 200.000 thalers, y de tener el título de teniente general del rey en Alemania; el arzobispo de Maguncia obtenía una donación de 120.000 florines y una pensión anual de 10.000. Además, el papa manifestábase favorable á la candidatura francesa y los suizos y el rey de Inglaterra se consideraban partidarios de la misma.

Carlos se encontraba en situación desfavorable á causa de la distancia, pero esto era quizás una ventaja, puesto que así contraía menos compromisos. Por otra parte, su tía Margarita de Austria, el conde de Nassau, el cardenal de Gürk, Maximiliano de Berghes y una porción de agentes más ó menos oscuros trabajaban por él con tanta energía como habilidad. Margarita, sin embargo, alarmada por los primeros éxitos diplomáticos de Francisco I y por las resistencias que demostraban ciertos príncipes, vaciló un momento y hasta pensó en proponer la candidatura de Fernando, hermano menor de Carlos, «si por acaso los dichos electores preferían fijarse en él que en vos ó en el dicho rey de Francia;» pero vióse claramente que Carlos, que hasta entonces se había fingido indeciso, no lo estaba en realidad, puesto que protestó vivamente, aunque dando á su tía las gracias por sus buenas intenciones, y declaró que si bien deseaba tanto como el que más «el bien, el honor y el adelantamiento de su hermano,» teniendo en cuenta «las gestiones y diligencias» que en su nombre se habían hecho, «se proponía perseguir la elección para él solo, sin escatimar nada y jugándose el todo por el todo.»

Sin embargo, el rey de Francia y el rey de España

comprendían la necesidad de hacer un llamamiento á la opinión alemana, por lo que repartieron sendos manifiestos. Francisco I anunciaba á los alemanes las victorias conseguidas por su flota sobre los turcos en los mares de Levante y hacía escribir por Duprat al obispo de Brandeburgo:

«Como el rey está pródigamente dotado de cualidades de espíritu, de cuerpo y de fortuna, y se halla en plena juventud y en pleno vigor, y es generoso y por ende querido de los soldados, capaz de soportar las vigilias, el frío y el hambre, y, por último, el único cuyo nombre puede inspirar miedo á los turcos, si á todos estos dones se añadiera el título brillante de César, forzoso es considerar que Grecia y todo cuanto en otro tiempo se perdió en Tierra Santa, podrían ser devueltos á la verdadera fe y religión, para salvación de todos los cristianos... En cuanto al rey católico, preciso es tener en cuenta su poca edad y que sus reinos están muy distantes del imperio, de modo que no le sería fácil cuidar y atender á uno y á otros... y además de esto, las costumbres y modos de vivir de los españoles no son conformes, sino totalmente contrarios á los de los alemanes. En cambio, la nación francesa se parece casi en todo á la alemana; al fin y al cabo, de ella ha salido y de ella procede, á saber, de los sicambros, según refieren los antiguos historiadores.»

Carlos tampoco se dormía en las pajas: recordaba que el rey de Aragón, su abuelo, había combatido á los infieles y declaraba que «su verdadera intención era alimentar y establecer la paz en toda la cristiandad y dedicar por entero todas sus fuerzas y todo su poder á la difusión, conservación y extensión de la fe.» Por otra parte, añadía, «si no fuera de la verdadera raza y origen de la nación germánica,» no aspiraría al imperio; pero los electores «saben bien que el verdadero origen y el primer florón de su nobleza proceden de la casa de Austria, de la que actualmente es verdadero sucesor y heredero.» Que le nombren, y la libertad de la nación germánica, «así en lo temporal como en lo espiritual, no sólo será conservada, sino también aumentada.» Además, predicábase en las iglesias que «si el rey de Francia era emperador, quería tener á los alemanes tan sujetos como tenía á los franceses y modelarlos á su capricho.»

Estos últimos argumentos tenían tantas más probabilidades de ser aceptados, cuanto que Francisco I no siempre se mostró muy hábil y tal vez se franqueaba demasiado diciendo á todo el mundo que estaba resuelto á «obrar por medio del dinero y de la fuerza si no podía lograr su objeto por el amor.» La juventud presuntuosa que le rodeaba despreciaba á los alemanes, á quienes no conocía sino por los Electores, que, según parece; tan fácilmente se vendían; y Bonivet, que representaba al rey en Alemania, carecía de flexibilidad y de perspicacia y no estaba completamente de acuerdo con Duprat y con el presidente Guillard, los cuales querían emplear cerca de los príncipes la persuasión. Verdad es que Duprat, cuando trataba de convencer á éstos, se limitaba á una fraseología hueca y á una argumentación de palabras, y tratando de demostrarles que Francisco I podía ser elegido emperador aunque no fuese alemán, les decía: «En primer lugar, es regla, según nuestro derecho, que los llamados á mandar deben ser